

EL ÚLTIMO BORRADOR DE JENARO PRIETO

Querido Lucho.

Darás cualquier cosa por no tener que escribirte estas líneas. Sé que ni tú, ni Fernando Varas, ni Jorge ni los treinta compañeros con que he vivido tres cuartas partes de mi vida, necesitan de ellas para comprender su cuenta. Desde luego punto final a una cuenta que forma parte de mi vida misma, y que toda la parte de agradecimiento al Diario mismo y a los compañeros que me dieron su amistad abonarán un ápice a la deuda de afecto con que me alejo de esta casa. Con la esperanza de evitar este paso, me sometí a tratamiento médico, he afrontado pelotillas e inyecciones y me he acatado la generosa insistencia del Diario al oponerse una y otra vez a la jubilación. Me resistía a "entregar la pala", como dicen los huasos. Cuando cada mañana al leer el diario se ve a los viejos colegas ocupar su puesto de combate con el mismo brío que veinte años antes; la ausencia de la fila, por forzada que sea, parece una desertión. Por desgracia los años han pasado y no puedo decir que soy el mismo del año veinte. ¡Quién sabe si es para mejor! Hay algo más lamentable que los años y es no darse cuenta de ellos. Corre el riesgo de que si uno no lo nota, lo noten los lectores. En estas condiciones, no me queda más recurso que la jubilación".

Este es un borrador de carta, la última escrita por Jenaro Prieto, que no alcanzó a llegar a su destinatario, nuestro director don Luis A. Silva.

Fué encontrada por su esposa entre los papeles revueltos de su mesa de trabajo en "El Convento". La tarde antes de que muriera, doña Elvira Vial de Prieto lo vió escribir estas líneas que, para nosotros, tienen profundo valor sentimental.

Ofrecemos al público el facsímil de su carilla inicial como un homenaje a la memoria del compañero ido y como un documento póstumo de uno de los grandes valores de la literatura chilena.

Hay en estas cuantas palabras, presentimientos, dolor de despedida. Tal vez sean las únicas líneas que Jenaro escribió con el corazón apretado por la pena; pero, tras el velo de lágrimas asoma, como a traición, la sonrisa y el chispazo de su ingenio juguetón.

El borrador de esta carta dice así:

"Querido Lucho:

Darás cualquier cosa por no tener que escribirte estas líneas. Sé que ni tú, ni Fernando Varas, ni Jorge ni los treinta compañeros con que he vivido tres cuartas

partes de mi vida, necesitan de ellas para comprender con cuánta pena pongo punto final a una tarea que forma parte de mi vida misma, y que todas las frases de agradecimiento al Diario mismo y a los innumerables compañeros que me dieron su amistad abonarán un ápice a la deuda de afecto con que me alejo de esta casa.

Con la esperanza de evitar este paso, me he sometido a tratamiento médico, he afrontado pelotillas e inyecciones y he acatado la generosa insistencia del Diario al oponerse una y otra vez a la jubilación.

Me resistía a "entregar la pala", como dicen los huasos.

Cuando cada mañana al leer el diario se ve a los viejos colegas ocupar su puesto de combate con el mismo brío que veinte años antes; la ausencia de la fila, por forzada que sea, parece una desertión.

Por desgracia los años han pasado y no puedo decir que soy el mismo del año veinte.

¡Quién sabe si es para mejor! Hay algo más lamentable que los años y es no darse cuenta de ellos. Corre el riesgo de que si uno no lo nota, lo noten los lectores. En estas condiciones, no me queda más recurso que la jubilación".